

Precios de Suscripción

Gerona... 150 Ptas. Trimt.
Fuera... 200 id. id.
Extranje... 300 id. id.

Anuncios y Remitidos
á precios convencionales.

No se admite cola-
boración espontánea.

Ciudadanía

Semanario Republicano Autonomista

Solo se insertarán escritos
en defensa propia ó denun-
ciando abusos, injusticias,
etc., y siempre bajo la ex-
clusiva responsabilidad de
sus autores.

Toda la corres-
pondencia al Director

AÑO II

SEGUNDA ÉPOCA

Gerona, 2 de Abril de 1911

REDACCION Y ADMINISTRACION:
«Unión Republicana»—Calle del Carmen

Núm. 12

El proceso Ferrer

En las Cortes se ha empezado el debate pidiendo la revisión del proceso por el cual fué ejecutado el director de la Escuela Moderna. Grande es la expectación que despierta en toda España este pleito y grande es la ansiedad también con que se espera el resultado. No se trata ya de un caso especial, de un error jurídico más ó menos lamentable, se trata de tres enfermedades que está padeciendo el régimen (*clericalismo, militarismo y burguesismo*) según palabras gráficas de nuestro eminente compañero Gabriel Alomar, y se trata asimismo del honor de España, comprometido ante el extranjero, por el cual tenemos todos el deber de velar y más que nadie el pueblo, porque el pueblo es el que constituye, digan lo que quieran, la verdadera médula de la nación.

De lo que se diga y haga en el Congreso podrá salir triunfante la verdad ó la mentira, pero lo que ha de salir de todos modos condenado, es el conservadurismo al uso y las mañas que, para acabar con sus enemigos, emplean los que se llaman gente de orden y de creencias.

Contra Ferrer se esgrimieron, con más saña y con más terrible resultado, las mismas armas que en Gerona se emplean, por ejemplo, para vengar cualquier desacato á cosas declaradas santas de antemano ó para quitar la parroquia á un industrial irreverente.

El clericalismo acusa, delata y aviva los odios y los demás, que nada tienen que ver con el clericalismo ó por lo menos no debieran, se encargan de lo que resta.

Mejor que nosotros la pluma de Alomar ha hecho un estudio concienzudo de cómo se concitaron unos y otros contra Ferrer y Guardia.

He aquí lo que dice sobre eso el eximio escritor mallorquín en un artículo que publica *El País*:

«Por de pronto, Ferrer era el director de la Escuela Moderna. Ahora no me propongo, ciertamente, juzgarla. Pero la Escuela Moderna era la más

agresiva de las escuelas laicas españolas; y los odios inquisitoriales ansiaban contra Ferrer, naturalmente inflamar las extintas hogueras... Ferrer personificaba la más violenta de las acciones contra la Iglesia, y por eso la Iglesia tenía que demostrar en la persona de Ferrer una especie de encarnación del Anti-Cristo. Hay que insistir en ello. Si algo se me ocurre decir en contra de Ferrer, será precisamente contra su carácter *sacerdotal*, sacerdotal á la inversa, carácter que reducía á forma casi exclusivamente batalladora y negativa su ministerio de enseñanza. Era el cura laico contra el cura católico; ya veis, pues, cómo la Iglesia debía concitar sobre Ferrer la levadura de los viejos odios largamente inaplicados, y la Iglesia no perdona nunca...

Había contra la persona de Ferrer, justa ó injustamente, una leyenda que de él hacia la representación viva del anarquismo. Para muchos, era preciso aprovechar contra su vida cualquier ocasión, porque, se decía, él tenía la culpa «de las bombas de Barcelona». En esa trágica angustia que pone una interrogación apremiante en todas las miradas, buscando el culpable incógnico del urbicidio, la bestia de miles de cabezas está pronta á inmolar, en sacrificio á sí misma, sin pruebas, al primero que pase. Imaginaos la prevención formidable que tendrá esa bestia policéfal, contra un hombre acusado ya, en otra ocasión, de cómplice de un delito dinamitero.

Pero hay todavía otra morbosidad española contra Ferrer: el cortesanismo. Ferrer, compañero de Morral, era, para los cortesanos, un escapado del patíbulo, un sustraído á la condena natural de los regicidas. A tal punto llegaba el desprecio á la absolución dictada por un tribunal civil, que había gentes bastante salvajes para creer que se podía condenar en 1909 por las mismas acusaciones de que se absolvió en 1907. La ignorancia de toda idea jurídica es una de nuestras formas de barbarie.

Hay que decirlo. Los conservadores, para sincerarse de su responsabilidad como poder «ejecutivo», en los momentos de la ejecución de Ferrer, han querido desviar la atención pública del proceso de 1909, valiéndose del proceso de 1907. ¡Esto basta para revelarnos la confianza que tendrán en el valor de las pruebas del segundo proceso!

Ahora mismo acabo de leer en *La Correspondencia de España*, diario áulico, como aquel *A B C*, que ya tuve ocasión de calificar desde las columnas de *L'Humanité*, un artículo, firmado *Taf*, sobre el caso Ferrer, defendiendo, con toda impudicia, la licitud de la condena de un hombre por delitos de que fué absuelto. Ese

artículo, señor mío, es una infamia. Pasemos.

Otra de las argucias de los conservadores ha consistido en presentar las documentaciones interminables de los dos procesos para hacer imposible su conocimiento, y poder objetar pedantesco á los ciudadanos que quieran remover la tenebrosa cuestión: «¡Usted no se ha enterado! ¡Lea usted los ocho volúmenes, y entonces hablará!» ¡Ah, no, señores míos! ¿Es que cuando los magistrados juzgan, en todo proceso han leído la integridad de los documentos de la causa? ¿Es que no juzgan, según los apuntes, reducción del *dossier* oficial? ¿Es que el tribunal que juzgó á Ferrer había leído esos ocho volúmenes? ¿Es que los había leído el defensor, á quien fué entregada la causa en un plazo brevísimo? ¿Es que la documentación de la causa de Madrid fué, indebidamente, entregada á los jueces de la causa de Barcelona?

No os pedimos el proceso. Os pedimos las pruebas. ¡Las pruebas! ¡Una sola, si queréis! Tres líneas que os justifiquen, y á nosotros nos obliguen á bajar la cara avergonzados, convencidos, reducidos á perpetuo silencio! ¡No presentaréis, no, esta prueba única y salvadora!

Como en los días del proceso Dreyfus, una nación va á dividirse en dos supremas castas, ante un asunto de justicia. Pero de estos días puede salir la nueva y definitiva España, como la nueva Francia surgió de las angustias de parto del proceso Dreyfus. Yo excito desde estas páginas á la verdadera intelectualidad española, entre la cual indignamente se me hace figurar, á que cumpla su oficio de selecta y directora en estos días de prueba, á fin de que ella bautice de «civilidad» esta España renaciente, ó levante una protesta ante la asfixia política y definitiva de España.

Yo quiero creer, eterno optimista, que la batalla será el inicio cruento de una renovación gloriosa. Y, con la última duda en el alma, con la última zozobra, quiero ser, á pesar de todo, el primero en gritar, ante ese despertamiento, la primera salutación á la nacionalidad nueva: ¡Viva España!

GABRIEL ALOMAR

Salmerón

En el libro que los admiradores del ilustre republicano, han editado como homenaje á su memoria, va una semblanza del Sr. Giner de los Ríos, de la cual copiamos los siguientes fragmentos:

I

«Como el héroe del poeta, todo lo probó: la gloria, la cárcel, la idola-

tria, la pobreza, el destierro; la candorosa popularidad infantil y la rebeldía envenenada; las cumbres amargas y magníficas del poder y el goce austero de la conversación interior en la serenidad insondable.

En casi todo el orbe espiritual y social puso mano. Y en todo ello á su modo. ¡Y qué modo! El caso cotidiano, local, del conflicto civil entre partes, lo ahonda hasta la dignidad de un problema universal de interés público y humano. La enseñanza privada, sierva dolorida del programa oficial, del examen y el texto, deviene á su impulso aquel ensayo del «Colegio Internacional», que aspira á formar un ambiente nuevo para la educación y alcanza desde los primeros años del niño á los cursos libres donde Ruiz de Quevedo, Fernández Jiménez, Augusto Linares, Juan Uña, Maranges, Moret y otros más—ya hoy casi todos sus compañeros en el reino obscuro—, inquietan con los problemas de la Naturaleza, el Arte, el Derecho, la Economía, la Historia, á un corto auditorio de hombres hechos ansiosos de absorber cultura universal. Y esto, poco antes de la Revolución de Septiembre, en plenas postrimerias del reinado de doña Isabel II.

Por entonces fué también el momento de sus famosas lecciones de Historia en la Universidad (de que nos queda el brevísimo compendio trabajado con Castro) y cuando creó entre nosotros—puede decirse que de la nada—la enseñanza superior de la Geografía, dejando en ambos surcos siembra de ideas luminosas.

El problema de la Religión, en sí misma, no sólo en sus conexiones con el problema político—aunque éste pareciese, por las circunstancias, ser á veces para él lo primero—, despertó en su alma vibrante honda simpatía, amargante conturbada por la salvaje persecución y el espectáculo de las masas, casi irresponsables, de nuestras plebeyas clases medias, ayunas de intimidad espiritual, de piedad, de humanidad, de amor divino, de respeto humano, y cruelmente arrastradas por el terror y la frivolidad, juntamente, á la servidumbre del materialismo litúrgico en lo exterior y, en sus adentros, á aquella sombría «caridad de castigo» del «compelle intrare» de que tanto sabemos hoy mismo todavía en nuestra deshecha, desesperanzada, pobre España. Su amigo entrañable... ¿necesito nombrarlo? ha padecido también siempre, á su modo—muy otro en verdad—, esta obsesión de lo divino y de la vida religiosa. Y á haberse desarrollado estas dos naturalezas selectas, cada una sin par en su género, en una sociedad propicia, siquiera reverente, para las cosas espirituales, hondas, delicadas, tales como la purificación moral y la renovación interior de las almas, ¡quién sabe lo

que habrían intentado y logrado quizá juntos el grandioso y ardiente profeta, con su labor profunda, su construcción majestuosa, su acento de Isaías, y el sereno, reposado, sobrio, ecuaníme, amable evangelista de «La minuta de un testamento», el hombre que ha llegado á ser como el ideal ético hecho carne para toda la España que aun respira!...

III

Dos palabras, para terminar, sobre el político. Separo ante todo el orador majestuoso, de grandiosidad insuperable y enérgica inyectiva, más tremenda mientras más contrariada. Si, como dice un crítico, «el mundo está regido por dos grandes fuerzas; la idea del griego y la posición hebraica», en aquel volcán nadie sabrá decir qué era mayor: la luz ó el fuego. Y si al más endurecido conmovía el espectáculo de la palabra cálida y austera con que el maestro dejaba fluir las ideas en el desierto de nuestra triste Universidad desespiritualizada, ¿qué decir de la limosna de aquel verbo tempestuoso, cayendo desde el Sinaí en nuestro Parlamento, sencillo, ingenioso, divertido y «sin segunda», como una sala de armas; pero, en punto á ideal, uno de los más insignificantes de Europa?...

Ahora, como político de acción, á Salmerón lo turbó siempre un doloroso conflicto. Su orientación general, en perpetua discordia con el medio, la selvática inflexibilidad de textura y su carácter—que recordaba á su modo á Ríos Rosas—lo impujaban fuera de los partidos y le imponían la vocación solitaria del profeta, llamado á remover las armas con la potencia de la idea y el fervor de la nación incandescente. Su superioridad, tan desproporcionada, las circunstancias de nuestra historia, mil factores complejos, hicieron constantemente de él un jefe; de aquel eterno disidente, nacido para no mandar ni ser mandado, y que llevaba arrastras sin piedad, como una tromba, á la masa rebelde de su ejército, sin poder, ni querer, quizá, con él penetrarse.

Porque el jefe necesita expresar el sentido del grupo á quien gobierna; tiene que ser un conservador, un conformista, una personalidad á la vez elástica y firme, cuyas formulas lleven aquel grupo á la conciencia de sí mismo, haciéndole hallar en ellas sus tendencias sordas, sus inclinaciones y sus repulsiones.

Y Salmerón luchó siempre contra su propia jefatura, como contra una tiranía del destino. Por esto, nunca fué más libre quizá que de 1868 á 1873; en aquel relámpago casi europeo de la revolución de Septiembre—bien pronto apagado—donde, con el desprecio de toda convención y artificio, sin eucomendarse más que á sí propio, fué, á la vez que un viden-